

que el Concilio cronológicamente y que se centra en la parte descriptiva. El subtítulo hace referencia a los dos papas del Concilio, por los cuales el autor siente veneración, especialmente, por Pablo VI. Por ejemplo, dedica tres capítulos a narrar los viajes internacionales de Pablo VI durante el Concilio (Tierra Santa, India y la ONU). También consagra varios capítulos a Juan XXIII (elección y gobierno de la Iglesia). La obra no descuida la descripción de los contenidos de los documentos aprobados en el Concilio, los protagonistas del Concilio, ni el ambiente extraconciliar. Cabe destacar el esfuerzo realizado por mencionar a los miembros de tantas comisiones, peritos, auditores, observadores-delegados, etc., elencos que suelen faltar en las historias generales del Concilio.

¿Cuál es la aportación de este volumen? Principalmente, la multitud de textos con que se ilustran las explicaciones que van

desde notas personales de los pontífices hasta los discursos más notorios. La mayoría publicados, e incluso accesibles a través de la web, pero otros inéditos, piezas de archivo. En todo caso, se insertan perfectamente al hilo del discurso y nos dan una panorámica, un tanto oficial pero interesante, sobre los acontecimientos. Esta virtud se vuelve en parte demérito pues el autor del libro no ha querido recargarlo con notas al pie y esos textos carecen de referencia, aunque a veces se diga la ocasión o el lugar donde se han proferido o escrito. El libro cuenta además, con una cronología, una bibliografía selecta y un índice onomástico.

En resumen, un libro útil para adentrarse en el Concilio Vaticano II, escrito con claridad, con abundancia de datos y textos, bien fundamentado.

Santiago CASAS
Universidad de Navarra

Bruno DUMONS, Vincent PETIT, Christian SORREL (dirs.)

Liturgie et société. Gouverner et réformer l'Église XIX-XX siècle

Presses Universitaires de Rennes, Collection «Histoire», Rennes 2016, 236 pp.

La abadía de Saint Pierre de Solesmes –a dos horas de París, al oeste de Le Mans y próxima al famoso «circuito», en plena zona de influjo de los benedictinos de las Galias– es sobre todo famosa por haber sido epicentro de la renovación litúrgica del siglo XIX por obra del gran abad dicha Orden, Dom Prosper Guéranger. La abadía se yergue junto al río Sarthe que tras fundirse con el Mayenne da origen al río Maine afluente del Loira. Estamos pues en un lugar precioso del sur de Normandía. Por los años cincuenta eran bastantes los estudiantes eclesiásticos que iban todos

los veranos a pasar un mes en Solesmes aprendiendo o perfeccionando el canto gregoriano –siempre un poco bárbaro según se canta en España–. Hasta hace muy pocos años, pienso que todavía hoy, se preparaban allí hermosas ediciones de libros litúrgicos –el *Kyriale*, el *Graduale* y otros libros litúrgicos que difundían el espíritu del abad Guéranger– en ediciones cuidadas de la música gregoriana con notación crítica, con indicación –por ejemplo– de las variantes más antiguas; y, por supuesto, con todos los permisos y credenciales de la Santa Sede. No faltan ejemplos –malos

ejemplos— de quienes juzgan que el canto gregoriano es una antigüalla sin interés alguno. En la comunidad de Solesmes hay/ había unos sesenta monjes, lo cual indica que la oración *in cantu*, desarrollada en comunión con los cristianos que nos precedieron, es una excelencia que no debería perderse. No comparto —y lo digo porque estoy muy lejos de ser el único— la sensibilidad de los que rechazan el gregoriano; pero sí espero que sea bien interpretado..., y con la preparación y estudio requerido por un bello cantar, tendiendo a recordar aquel que acompañó la sensibilidad de los monjes —en los monasterios del Rin, o del Danubio o del Loira—. Sirva esta evocación como toma de embocadura para tratar del gran asunto de la Liturgia.

El título del libro que reseñamos es amplio, para acoger diversas razones. Cierito es que, como sea la Sociedad, así será su Liturgia. Como también es cierto que una personalidad fina y cultivada celebrará la Liturgia con cultura y con finura. Con elegancia, incluso; con personalidad. Pero, hablamos de un título de libro. Son variados e interesantes sus capítulos, redactados por diversos autores a su *proprio àggio*, según los intereses diversos de cada autor. Formando —necesario es decirlo— un interesante conjunto. A modo de muestra, he aquí algunos de los títulos reunidos en el libro. *Reforma del «canto religioso» y poderes públicos, al final del reinado de Luis Felipe: de la liturgia como campo de acción sociopolítica.* — *El restablecimiento de la Orden de Predicadores y la cuestión de la liturgia dominicana (1840-1872).* — *La reforma litúrgica en Québec.* — *Publicaciones litúrgicas en los años cuarenta en Francia: la colección «la Clarité-Dieu»:* eso sí, todos los estudios contenidos en el volumen pertenecen al ámbito francófono.

La liturgia —¿*chi sa perché?*— siempre pre-dispone al debate. Por eso los lectores de

estas páginas tendrán ocasión de conversar, contrastar pareceres o, incluso, discutir si lo desean. En todo caso, la lectura del libro se parecerá mucho a un animado diálogo.

La ocasión del libro es leve: Hace cincuenta años se promulgó la primera Constitución del Concilio Vaticano II: *Sacro-sanctum Concilium*, que versaba sobre la Sagrada Liturgia y que va fechada a 4 de diciembre de 1963; dos meses antes de esta efemérides —del 3 al 6 de octubre de 1963—, se había desarrollado en Lyon, bajo la batuta de André Latreille, un encuentro de historiadores, especialistas de lo religioso, que debatían sobre el sentido de la *descristianización* en pleno siglo XX. Gabriel Le Bras estaba allí; y al comprobar que el descenso de la práctica de los sacramentos se exhibía como señal inequívoca de *descristianización* se irguió para denunciar la falacia, intrínseca al uso del término *descristianización*: porque parecía sopesado en platillo de balanza frente a otro momento histórico, definible como *cristianización*. Le Bras percibía la tosquedad de semejante medición. *Cristianización* y *descristianización* son términos que, en el ámbito sociológico, tienen un significado inasible, porque aluden en su significado a un horizonte de fe. Y es claro que un horizonte tal sobrepasa la sociología. Ya, desde 1954, Fernand Boulard se había opuesto a aceptar la práctica religiosa como índice sociológicamente válido para calificar determinada zona —pueblo, ciudad o área— como *país de fe*. Los tiempos que vivimos autorizan a decidir que la práctica de algún/ algunos sacramentos son fácilmente engañosas. La frecuencia de la Santa Comunión se acompaña a veces de un déficit en el sacramento de la penitencia, que de por sí, canta una cruel palinodia acerca de la autenticidad de muchas prácticas sacramentales. René Rémond es igualmente poco entusiasta ante determinadas

deducciones negativas o positivas a partir de la práctica sacramental.

El libro que reseñamos bien pudiera ser clasificado como un libro casuístico. No es sistemático, y las cuestiones son en todo caso picos de interés que responden a curiosidades diversas. Casuística peculiar, que sirve de estímulo para reflexionar, exponer o, incluso, excitar el interés de la investigación; o, tal vez, ¿son globos-sonda que refieren soluciones históricas de otros tiempos que tal vez podrían retornar? *Curiosité savante*, podría decirse en cualquier caso.

El Ordo Liturgiae

Parecía obvio afirmar que, si la *Constitución sobre Liturgia* era la primera entre los frutos del Concilio, ello era debido a los sudores de los sembradores y segadores a lo largo de muchos años. Tras S. Pío V, la liturgia había entrado en una rueda de seriedad, que la hacía siempre igual a sí misma; por eso, entre sus gigantescos logros no era el más pequeño el respeto y la inviolabilidad del *Ordo Liturgiae*. Toda una normativa litúrgica se había desarrollado, como imitación menor, pero consistente, del Derecho Canónico. Los rangos de las fiestas, las octavas, las memorias –de rito simple o de rito doble; de rito doble mayor o, incluso, con octava–; los casos litúrgicos y las complicadas consideraciones sobre la *ocurrencia* y la *concurrencia* entre las dominicas, las fiestas y las memorias–; el latín –que no todos entendían– facilitaba la inviolabilidad y consonancia con el misterio; la solemnidad desplegada en torno al altar, con los sacerdotes actuando según su orden y sus encargos jurisdiccionales, podía tener –según y dónde– apariencia versallesca.

Prière à l'état social –así se consideraba, e incluso se definía, la liturgia (cfr.

Dom Guéranger, *Institutions liturgiques*, pp. 1-2)–, oración que se desplegaba visiblemente en conformidad con el desarrollo de aquella sociedad tan ficticia como las mismas vanidades mundanas. El siglo XIX y la primera parte del XX estaban marcados por la abundancia de eclesiásticos, que permitía la celebración de grandes ceremonias en que tenían cabida turiferarios, ceremonieros, pertigueros, blandoneros, asistentes de mitra y de báculo, asistentes de palmatoria y de libro, diáconos de honor en las pontificales, además del diácono y subdiácono de la Misa. El maestro de ceremonias, en faz de *papàvero*, ordenaba los ritos con su férula argétea. «Las reformas *pre* y *postconciliares*, eran por sí mismas una manifestación de esta jerarquía, que los paladines del movimiento litúrgico tendían a reafirmar» (cfr. p.19 ad finem). Se ha podido decir –cfr. p. 20, en que se cita al Prof. Ratzinger– que la liturgia de los tiempos de Pablo VI favorecía el clericalismo a través de un despliegue litúrgico, que era viva imagen de la sociedad clerical dominante en la Curia Romana. El mismo uso del incensario tenía su propio estilo –haciendo que las cadenas de plata golpearan el turiferario también de plata marcando así la cadencia de *ductus* e *ictus*–. Era propio de la liturgia latina que los turiferarios llevaran largas cadenas en contraste con el rito griego donde el incensario lleva cadenas cortas porque se usa con una sola mano. Todo aquello ya pasó; más, junto a la liturgia, se había desarrollado una mentalidad que contribuyó a que los jóvenes clérigos se ilusionasen con elementos adyacentes a la liturgia o, incluso, con la misma sotana que vestían. Se comprende muy bien el profundo sentido de la *Constitución sobre la Liturgia* del Vaticano II y de la copiosa riqueza que llegó a aportar la *Constitución Dogmática* so-

bre la Iglesia. Porque la Liturgia llama a la Eclesiología, y la Eclesiología se despliega en Liturgia.

Movimientos litúrgicos

Entre los grandes caudillos de la reforma litúrgica, hemos señalado ante todo a Dom Prosper Louis Pascal Guéranger (1805-1875), Abad –como ya va dicho– del Monasterio de Solesmes, figura de gran nobleza –de facciones y de estilo–, de probada sabiduría y sentido estético, con capacidad de concebir con unción y sentido de la adoración la *mise en scène* del gran espectáculo de la celebración litúrgica. Excelente conocedor del pueblo y, por eso mismo, llamado a influir en él. Sus obras más características, para las que él vivió, son el *Annus liturgicus* (usado frecuentemente por el Beato Monsieur Martin, el inefable papá de la Doctora de la Iglesia, Teresa del Niño Jesús), el no menos famoso *Institutions Liturgiques* o la *Défense des Institutions Liturgiques*. Pero su principal obra, en que cuajaron muchas vocaciones, fue el mismo Monasterio de Solesmes del cual son otros muchos frutos, aunque ninguno comparable a la ola de espiritualidad que desde allí inundó a la Iglesia.

Dom Olivier Rousseau en su joya histórico-literaria titulada *Histoire du Mouvement Liturgique* abarca con inteligencia la historia desde el comienzo del siglo XIX hasta el Pontificado de San Pío X. Porque ese es el tiempo del *primer Movimiento Litúrgico*: el movimiento decimonónico. Comienza diciendo –y el libro tiene el interés de una distinguida conversación de sobremesa–: «El movimiento litúrgico con sus directrices, sus resultados y sus esperanzas, se remonta hasta Dom Guéranger. La obra litúrgica, desarrollada en los comedios del siglo XIX por este gran monje fue inmensa. Ella se distingue netamente de todo lo

que se ha hecho antes de él, e influye sobre casi todo lo que se ha hecho después de él. Sin duda Dom Guéranger ejerció sobre el pensamiento religioso de sus contemporáneos un influjo múltiple que sobrepasa los límites de la liturgia. Pero el móvil de todos sus deseos, de todas sus reacciones y tendencias fue sin dudar la concepción plenaria del misterio de la Iglesia cuya voz él percibió ante todo a través de la liturgia» (Dom Olivier Rousseau [monje de Amay –Chevetogne–], *Histoire du Mouvement Liturgique*, Cerf, col. «Lex Orandi» n° 3, Paris 1945, pp. 1-2).

Dom Rousseau ha percibido el *sensus liturgiae* con la precisión característica de un hombre avezado al mester histórico; pero, conjuntamente, sobrado de ciencia teológica. Es él quien introduciendo al lector a las páginas de su citado libro, señala un panorama que no siempre ha sido advertido por los liturgistas de escasa formación: «El verdadero movimiento litúrgico, aquel de que ahora y aquí estamos hablando, que ha sido objeto de *incoraggiamento* de los últimos Papas y ha hecho tanto bien en la Iglesia, no tiene nada de común con lo que a primera vista podría considerarse conectado con la época *jansenista* o con la *Aufklärung*. Al contrario, él surge precisamente como reacción contra estas corrientes. El *liturgismo* de los jansenistas y de la *Aufklärung* formaba parte de la disgregación general de las ideas cristianas, y pertenecía en el fondo a la laicista revolución dieciochesca. Lo que llamamos hoy movimiento litúrgico se caracteriza primerísimamente como reacción contra la invasión del laicismo y es quizás el contraveneno más eficaz para la corrosión revolucionaria en su faz directamente anti-religiosa» (Dom ROUSSEAU, *c.*, pp.1-2).

San Pío X, en su *Motu proprio Tra le sollicitudini* (22 de noviembre de 1903) usa

por primera vez la celebrada frase *actuosa participatio*, que se grava en la mente de los fieles cristianos de la época. Todos llegaron a saber que el santo Padre deseaba que incluso la música de las acciones litúrgicas fuese hermosa y popular a la vez: no unas melodías de acordes cultos, pero difíciles de asimilar. Se imponía la restauración de la *música sacra* con urgencia, porque «es nuestro más vivo deseo que el verdadero espíritu cristiano reflorezca en todo su sentido y se mantenga en todos los fieles; y para ello es necesario mirar sobre todo por la santidad y la dignidad del templo en que los fieles se reúnen para beber este espíritu en su fuente primera e indispensable: bebida que es acción propia, participación activa –*actuosa participatio*– en los sacrosantos misterios y en la plegaria pública y solemne de la Iglesia» (p. 21). La obra litúrgica de Dom Guéranger, una vez concluida, se demostró en su inmensidad. El gran monje ejerció entre sus contemporáneos una labor que sobrepasaba la liturgia. Todo lo que él deseó era un océano de grandeza, porque lo que impulsó a toda hora fue precisamente el Misterio de la Iglesia, cuya voz vibra en la liturgia. No es cuestión de buen gusto, ni de piedad monacal, ni de extender el proselitismo más allá de los muros de Solesmes. E. Sèvrin en su obra sobre Don Guéranger y Lamennais aseguraba que «no conocía a nadie fuera de Lamennais que hubiera influido más profundamente que Dom Guéranger, en la sensibilidad y doctrina católica de su tiempo. Es él quien tras la muerte del maestro llevó a cabo la derrota del galicanismo y el triunfo de las ideas romanas. Su poder de irradiación, añade, se percibe hoy en día en la atracción ejercida por Solesmes, en el movimiento místico ejercido por él, en fin, en el reflorecimiento de los estudios y del espíritu litúrgico que alimenta nuestros

días» (Olivier Rousseau, *Histoire du Mouvement Liturgique. Esquisse historique depuis le debut du XIX^e siècle jusqu'au pontificat de Pie X*, pp. 1-2).

Liturgia en el siglo XX

Todavía en pleno siglo XX, el padre Congar tomaba ocasión del Movimiento Litúrgico para dar una lección magistral en sus *Bocetos sobre el Misterio de la Iglesia*: «Sobre la base señalada por Pio X en plena crisis modernista –*Instaurare omnia in Christo*–, han sobrevenido sucesivamente grandes olas de fondo –que continúan formándose todavía hoy–: un *movimiento litúrgico*, un *movimiento místico*, un *movimiento misionero*, un *movimiento apostólico colectivo*, un *movimiento teológico*. El *movimiento litúrgico* estaba ya más que comenzado antes de la guerra; el *movimiento misionero*, preparado por Benedicto XV ha recibido los cuidados particularísimos de Pío XI; el *movimiento colectivo de apostolado* ha recibido del mismo Papa la forma de Acción Católica, es decir, un apostolado de laicos en su medio propio de vida; de él ha surgido ya la JOC, una magnífica siembra de conquista para Cristo y de vida interior pura, profunda, generosa» (Yves M.-J. Congar, *Esquisses du Mystère de l'Église*, Cerf, Col. Unam Sanctam, Paris 1953, pp. 54-55).

Al hablar de esto, todavía percibo los aires de aquella muchachada jocista... Recuerdo aquel viejo caserón sobre la cuesta de la Cardosa, y el himno de la JOC que a veces se cantaba –tras algunas de las conferencias espirituales que semanalmente había–: *En pie que Cristo ya nos llama, / jocistas, vamos a luchar; / que un nuevo sol derrama / la luz que al mundo ha de guiar...*

El padre Congar finaliza su página de los *Esquisses* con un juicio sumario, que estigmatiza la larga época tridentina y se remonta –como a una época de oro– a las

grandes síntesis *medievales* y *patrísticas* y a la misma –sobre todo– *revelación bíblica*.

No quiero pasar «como gato sobre ascuas» sobre las palabras de Vincent Petit acerca de la relevancia de la formación histórica para llegar a conseguir –o para mantener– la connaturalidad litúrgica. Ya el gran Juan Pablo II había comentado macizamente en *Pastores dabo vobis*, la necesidad de la gracia de lo Alto para ejercer el discernimiento sapiencial propio del cristiano, *que tiene como meta tu Reino, como estado la libertad de tus hijos, como ley el precepto del Amor* (pref. común, VII): «Para el creyente, decía la interpretación de la situación histórica encuentra el principio cognoscitivo y el criterio de las opciones de actuación consiguientes, en una realidad nueva y original, a saber, *en el discernimiento evangélico*; es la interpretación que nace a la luz y bajo la fuerza del Evangelio, del Evangelio vivo y personal que es Jesucristo, y con el don del Espíritu Santo. (...) De ese modo, el discernimiento evangélico toma de la situación histórica y de sus vicisitudes y circunstancias no un simple dato, que hay que registrar con precisión y frente al cual se puede permanecer indiferentes o pasivos, sino un deber, un reto a la libertad responsable, tanto de la persona individual como de la comunidad. Es un reto vinculado a una llamada al creyente; pero antes aún llama a la Iglesia, para que –mediante el evangelio de la vocación y del sacerdocio– exprese su verdad perenne en todas las circunstancias de la vida.» (*Pastores dabo vobis*, 10-e). Hay, por lo tanto, un ejercicio del *mester histórico* –mester profesional con un *ethos* propio– que se coloca en línea con la *sabiduría del Espíritu*. Se comprende asimismo una tensión característica del *compromiso entre el leitourgós y el pueblo* que acoge el servicio: el *leitourgós* tiene la necesidad de entender para poder servir; el *pueblo sabe*

que el *symposion eucharisticum* es sapiencial –*in spiritu et veritate*– y no puede no serlo.

Investigadores y curés de champagne

A la luz de esa tesis –de la que se desprende la íntima *connaturalidad* entre la *mens histórica* y el *instinctus liturgicus*– se puede contemplar el espontáneo surgir de tantos críticos y especialistas historiográficos al hilo del movimiento litúrgico. Citemos ante todo al gran Louis Marie Olivier Duchesne (1843-1922): entre sus obras, sin ánimo de exhaustividad, el *Liber Pontificalis: texte, introduction et commentaire*, Paris: ed. E. de Boccard 1955-1957. Idem, *Les premiers temps de l'État Pontifical*, Foin-temoing et C^{ie}, Paris 1911. Idem, *Origines du culte Chrétien: étude sur la liturgie latine avant Charlemagne*, ed. Ernest Thorin, Paris 1889. Además, los volúmenes de *Histoire ancienne de l'Église*, que no pudo concluir porque le sorprendió la muerte trabajando sobre el admirable Gregorio VII.

Fernand Cabrol (1855-1937), había nacido en Marsella. Monje benedictino de gran prestigio, llegó a ser prior de St Michael's Abbey in Farnborough, Hampshire. Recibió la bendición abacial en 1903. Entre sus obras, Idem y H. Leclercq, *Monumenta Ecclesiae Liturgica*, scilicet: vol I: *Reliquiae liturgicae vetustissimae*; vols. II-IV, not published; vol V: M. Férotin, *Le liber ordinum en usage dans l'Église wisigothique et mozarabe d'Espagne*; VI: M. Férotin, *Le liber mozarabicus sacramentorum et les monuments mozarabes*, ed. Firmin Didot, Paris 1900-1913. – Idem, *La prière des premiers chrétiens*, chez Bernard Grasset, Paris 1929. Idem, *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, 15 tomos en 30 vols, Letouzey et Ané, eds. Paris 1907 ss.

Pierre Batiffol (1861-1929), francés y sacerdote católico. Especializado en historia de los Dogmas. Obras suyas son, entre

otras, *Histoire du Bréviaire Romaine*, Ed. Picard, Paris 1893. IDEM, *Leçons sur la Messe*, Ed. Gabalda, 1919, 330 pp. IDEM, *Le Catholicisme des origines a saint Léon: 1. L'Église naissante et le catholicisme* (1909). 2. *La paix constantinienne* (1914). 3. IDEM, *Le Catholicisme de Saint Augustin*, 2 vols, Ed. J. Gabalda, Paris 1920. 4. IDEM, *Le Siège Apostolique 359-491*, J. Gabalda, Paris 1924. (Así se ordena esta obra según la mens auctoris: cfr. *Le Siège Apostolique, Introduction*). IDEM, *Études d'Histoire et de Théologie Positive*, 2 vols, J. Gabalda, Paris 1920.

Suitbert Bäumer (1845-1894), benedictino, patrólogo, estudió en Bonn y en Tübingen. De 1875 a 1890 vivió en Maredsous y en Erdington (England). Volvió definitivamente a Beuron Archabbey, de la que era monje. La más famosa de sus obras es la *Histoire du Bréviaire*, traducida por dom Réginald Biron, 2 vols, Letouzey et Ané, Paris 1905. Traduce la obra primera en alemán *Geschichte des Breviers, Freiburg-im-Breisgau, B. Herder, 1895*.

Por último, y un poco más tardío, el jesuita austríaco Josef Andreas Jungmann (1889-1975) debe ser considerado como pionero de la liturgia por sus obras de las que han bebido otros muchos liturgistas. Jungman había nacido en Bolzano y estudiado en el seminario de Bressanone. Estudió los primeros ocho años en el mencionado centro de estudios y recibió la ordenación sacerdotal en 1913. Tras la primera experiencia de cinco años como sacerdote diocesano, el año 1918 pasó al Noviciado de la Compañía de Jesús en Innsbruck donde recibió la requerida formación que completó seguidamente en Munich y en Viena 1923-1925. Por la época en que vivió recayó sobre él ser pionero de la transformación litúrgica y, como teólogo, abrir la senda de la Teología Kerigmática juntamente con Hugo Rahner –cuyo libro *Teología de la Predicación* ha

merecido elogios del Pontífice Ratzinger–. Entre las obras de Jungmann deben citarse: Idem, *Missarum Sollemnia. Explication génétique de la Messe Romaine*, Études publiées sous la direction de la Faculté de Théologie de Lyon-Fourvière, Ed. Montaigne, 3 vols, 1951-1954. Idem, *El sacrificio de la Misa. Tratado histórico-litúrgico*. Versión completa española de la obra alemana en dos volúmenes «Missarum Sollemnia», Madrid ² 1953.

Muchos curés de champagne viven impregnados de afanes de formación auténtica y sin deformación pietista y acaban formando verdaderas redes de transmisión del vino nuevo de la nueva Liturgia. Así pasan a la fama pastores envidiables con un pueblo orgulloso de la buena formación que reciben en el templo parroquial cada domingo o cada día incluso. Suenan nombres de sacerdotes como nuevos especialistas formados en la gleba apostólica de las comunidades de la JOC, o en la Acción Católica o, sin más, en el pueblo y sin salir de él. Porque hasta allí llegan revistas como *L'Ami de la Religion. Mélanges théologiques* o, luego, *Revue Théologique, L'Ami du Clergé...* O más tarde *Paroisse et Liturgie*. Curas como Meslé, Prompsault, Bergier, Jouve, Fontaine dejan de sí un recuerdo harto ilustrado que acabará teniendo sus estudiosos.

Pero siguen también los monjes como dom Lambert Beauduin, dom Gaspar Lefebvre, dom Bernard Capelle, o dom Bernard Botte –cuyo es el título *El movimiento litúrgico: testimonio y recuerdo*, Centre de Pastoral Litúrgica, 2013 Barcelona–; incluyendo ya algunos de los portaestandartes del segundo Movimiento Litúrgico, el del siglo XX, como los citados dom Beauduin o dom Botte. Deberíamos hablar también de algunos Monasterios de gran porte cultural litúrgico e histórico como Solesmes, Beuron, Maria-Laach, Maredsous, Mont-

Cesar, Chevetogne, etc. Debemos señalar –aunque ya sea tan sólo una mención por falta de espacio– aquellos liturgistas que «privilegiaban ante todo el análisis y el método histórico crítico, concibiendo su objeto de estudio como verdadera historia de la Iglesia»: don Guéranger se definió como historiador, porque la historia es «el marco y fundamento de todo enseñamiento eclesiástico». La lista de hombres de formación histórica continúa con amplitud. Así son: Aimé-Georges Martimort, Guy Marie Oury, Pierre Marie Gy, el afamado *chartiste*, dom Bernard Capelle, ya mencionado, profesor de historia de la Liturgia en la Universidad de Lovaina, dom Bernard Botte, que expresaba así su mester: «nuestra finalidad era hacer participar al pueblo de la acción litúrgica y hacer de nuestras asambleas comunidades de oración. El método era el retorno a las fuentes, el estudio de la tradición» (p. 26).

Todo movimiento litúrgico pretendió siempre construir sobre comprobados fundamentos, aun cuando no siempre lo lograra. Sabido es cómo el siglo XVII –padre del siglo XVIII– se deslizó con frecuencia al dar por buenos, razonamientos nada sólidos.

La sólidas bases científicas a las que se apeló con tanta frecuencia y el retorno a las fuentes se volvieron contra sus crédulos y confiados utilizadores.

Ha sido tradicional la enseñanza de que la más atenta oración es aquella que mira a los ojos de Aquel a quien se habla. Hay otra atención más sencilla: aquella en que al menos se habla con deseo de darse a entender y de exponer *recta ratione* el objeto que se comunica. Por lo menos, cuando se hace oración, el recitado de la oración ha de evitar el sonsonete y el desorden propio de los ignorantes o, al menos de las personas poco formadas. *Ad personam, ad rem, ad verba quae proferuntur*.

Por eso al concluir vuelvo los ojos a aquella pequeña joya escrita por Raïssa y Jacques Maritain, *Liturgia y contemplación*: «Yo no cuento para nada, dice santa Hildegarda en el siglo XII... Yo me vuelvo al Dios Vivo, a fin de que Él se digne en todas mis cosas guardarme del mal. –Qué me importa, Señor, lo que me toque –clama Teresa de Ávila–. Para mí nada existe más que Vos» (*Oeuvres Complètes*, XIV, p. 125).

Enrique DE LA LAMA
Universidad de Navarra

Pablo LÓPEZ-CHAVES

Los intelectuales católicos en el franquismo: las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián (1947-1959)

Editorial Universidad de Granada (Colección Historia), Granada 2016, 363 pp.

Sobre los intelectuales en el primer franquismo se han publicado estudios valiosos y recientes que han cuestionado el lugar común de una época gris sin apenas producción cultural de relieve. Esta monografía se inserta en esta categoría, y se basa en la consulta de archivos públicos y privados,

fuentes orales y hemerográficas, y la bibliografía cada vez más abundante sobre un periodo de la historia reciente española todavía necesitado de nuevas investigaciones.

El autor parte de un necesario estado de la cuestión, insertando su trabajo dentro